

Esa incómoda presencia: la izquierda y la “clase media” en la Argentina, 1891-1943

Ezequiel Adamovsky
(UBA/CONICET)

Forma parte del folklore de la tradición de izquierda en la Argentina criticar a la clase media o a todo lo que sea “pequeñoburgués”. Por contraposición, se presupone “pureza” y sabiduría política en el ser “obrero”. La influencia de grupos de “clase media” en un partido de izquierda, según se cree, contribuye a debilitar o desviar la radicalidad en el camino de la defensa de la causa proletaria. Es de suponer entonces que encontraríamos en esas agrupaciones un clivaje de clase claro: los obreros por una parte, sosteniendo las posturas más consecuentes y protegiendo sus organizaciones de la excesiva presencia o protagonismo de los no obreros, que, por otra parte, impulsarían hacia la moderación o “tibieza” políticas, o hacia otro tipo de “desviaciones” de la línea correcta. Sin embargo, tal clivaje se muestra esquivo en la historia de la izquierda. El objetivo de este trabajo es analizar los diferentes discursos sobre los sectores medios y sus usos políticos dentro de la izquierda argentina de tradición socialista en el período anterior a la irrupción del peronismo.

El problema de la “clase media” en las fuentes clásicas

En general, la izquierda ha imaginado lo social de acuerdo a un esquema fuertemente binario. Sea “burgueses/clase dominante” vs. “proletarios/clase dominada”, u “oligarquía” vs. “pueblo”, esta imaginación binaria rara vez ha dejado espacio para un tercer lugar intermedio, que es el que la misma expresión “clase media” evoca. De hecho, esta expresión no forma parte del vocabulario de izquierda: cuando algún izquierdista la utiliza, suele hacerlo como concesión al lenguaje común, sin otorgarle el rango de un verdadero concepto. Se prefiere, para referir a los mismos grupos sociales, la expresión “pequeña burguesía”, que sirve para reconocer un grupo diferenciable pero subordinado a una de las dos clases fundamentales (lo “pequeña” no le quita lo “burguesa”). En el mejor de los casos, se los nombra como “sectores medios”, escamoteándoles así la jerarquía de ser una verdadera clase, e imaginándolos en un limbo de indefinición que necesariamente deberá terminar con su asimilación a uno u otro polo.

La preferencia izquierdista por el pensamiento binario es comprensible: si se trata de organizar un movimiento antagonista, todo aquello que quede en medio de los dos campos rivales resulta un estorbo. Este imperativo *político* de agrupar las fuerzas de izquierda contra un “enemigo” en un antagonismo de dos bandos nítidamente delineados se tradujo tempranamente en el pensamiento *sociológico* de la tradición socialista, que postuló

entonces que era *la sociedad misma* la que estaba claramente dividida en dos clases antagonicas. Lo sostuvieron así, por ejemplo, Marx y Engels en el **Manifiesto comunista** (1848), donde afirmaron que “toda la sociedad va dividiéndose cada vez más en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases, que se enfrentan directamente: la burguesía y el proletariado”. Resulta interesante analizar el modo en que ellos lidiaron con la evidencia incómoda de elementos que parecían contradecir esa descripción, a saber, la existencia de sectores no-obreros que, sin embargo, se situaban políticamente contra la burguesía. Una estrategia que despliegan a la hora de dar cuenta de esta inconsistencia es una explicación basada en un desajuste temporario. En el texto refieren a la “clase media” —expresión que en la época refería a la burguesía— como antecesora de la gran burguesía moderna y para anunciar que sus “escalas inferiores” (los pequeños comerciantes e industriales, rentistas, artesanos y campesinos) estaban cayendo inevitablemente en la proletarización, por lo que *coyunturalmente* podían manifestarse en oposición al gran capital, pero sólo desde una perspectiva “conservadora”. La expresión “pequeño burgués” aparece ya en tono peyorativo, para referir al “sentimentalismo” de estos sectores (“socialismo pequeñoburgués”), que les dificulta la comprensión de las verdaderas tareas políticas del momento y que los hace “oscilar” entre los intereses de las dos clases principales en pugna. La segunda estrategia se hace presente en una hipótesis *ad hoc* para explicar la razón por la cual, a pesar de sus intereses de clase, hay no-proletarios que se suman a la causa comunista: cuando la lucha de clases “se acerca al desenlace”, una “pequeña fracción” de la clase dominante —particularmente el “sector de los ideólogos burgueses”— reniega de su origen y “se adhiere” a la clase revolucionaria.¹ Ciertamente, Marx nunca elaboró una teoría acabada sobre las diferencias de clase, y en otros textos describió la estructura social en términos bastante menos binarios (por ejemplo, en el capítulo inconcluso sobre las clases con el que termina el tercer tomo de **El Capital**). Sin embargo, la tradición socialista se mantuvo en general apegada a la visión binaria del **Manifiesto**.

Los lugares y valoraciones que se asignan en el **Manifiesto** a estas presencias intermedias forman un repertorio que, con algunos cambios, se transformará en una constante dentro de la tradición socialista. Cobrarían un lugar central, por ejemplo, en el debate sobre el “reformismo” en el seno de la socialdemocracia alema-

1 Marx, Carlos y Federico Engels, **Manifiesto del partido comunista**, Buenos Aires, Anteo, 1985, pp. 35, 45, 48, 67, 38, 48.

na. A partir de 1896 Eduard Bernstein propuso una “revisión” del marxismo para fundamentar su opción estratégica por el “reformismo” y la vía parlamentaria. En su revisión, sostuvo que no es cierto que la concentración del capital esté produciendo una concentración paralela de los patrimonios (como sostuvieron Marx y Engels). Por el contrario, las capas medias, situadas entre los capitalistas y los trabajadores, no sólo no desaparecen, sino que incluso aumentan su proporción en algunas ramas a medida que se desarrolla el capitalismo. En efecto, en esta época se hacía evidente un fenómeno social poco perceptible en tiempos del Marx: la multiplicación de sectores asalariados no-obreros. Bernstein señaló este hecho para apoyar su tesis según la cual, adoptada la vía “reformista”, no era suficiente movilizar el apoyo de los obreros, sino que el Partido debía ampliar su prédica hacia otros sectores. La propuesta “reformista” generó el rechazo de algunos de los teóricos más importantes del momento, algunos de los cuales, como Rosa Luxemburgo, la acusaron de ser una desviación “pequeñoburguesa”. La propuesta de Bernstein, sin embargo, se fue abriendo camino hasta convertirse en política oficial del Partido alemán en 1921.²

El tema de la relación entre movimiento socialista y sectores no obreros apareció también en otro debate de la misma época. Hacia 1901-1902 Kautsky sostuvo que la “conciencia socialista” no es algo que se forme espontáneamente entre los obreros como parte de su lucha cotidiana, sino que es un elemento “importado en la lucha de clases desde fuera” por parte de los intelectuales, que son los depositarios de la comprensión científica y global del desarrollo social. Si bien Kautsky no derivaba de esto ningún papel privilegiado de los intelectuales a la hora de liderar el Partido, sin duda la posesión exclusiva de un elemento tan fundamental los colocaba en un lugar de superioridad implícita respecto de los obreros. De hecho, lo que en Kautsky estaba implícito pronto se volvería doctrina en la tradición comunista, particularmente luego del célebre *¿Qué hacer?* (1902) de Lenin.³ El reconocimiento de que sectores no obreros podían desempeñar un papel tan vital, sin embargo, no fue obstáculo para que Lenin (y en general toda la tradición comunista) utilizara permanentemente el mote de “pequeñoburgués” para desacreditar a intelectuales disidentes propios y a rivales de otros grupos izquierdistas. Ya en las propias polémicas de Lenin, la función peyorativa del adjetivo llegó a ser más importante que su contenido: podría acusarse de “pequeñoburguesa” a una postura revisionista tanto como a una ultraizquierdista.

Y sin embargo, también la tradición comunista tendría la ocasión de revalorizar a los sectores medios. En 1935, preocupada por el avance del fascismo, la Internacional Comunista produjo un cambio drástico de su política de alianzas, llamando ahora a la

conformación de “frentes populares” amplios para defender la democracia. No sólo se volvía a admitir la colaboración con los socialistas, sino que se aceptaba incluso trabajar con la pequeña burguesía (y con la “burguesía nacional” en los países del Tercer Mundo) y con sus organizaciones. El cambio de orientación trajo aparejadas percepciones menos negativas respecto de los sectores medios.⁴ Veamos cómo lidió con estas ambivalencias la tradición de izquierda en la Argentina.

Los socialistas argentinos y la clase media

Fundado en 1895, el Partido Socialista (PS) había comenzado a gestarse dos años antes, a partir de conversaciones entre núcleos sindicales de obreros y algunas figuras no obreras como el médico Juan B. Justo, que muy pronto llegaría a ser su líder y teórico máximo. Justo seguía de cerca el obrerismo y la visión binaria de la sociedad de Marx, aunque comulgaba con la moderación y el gradualismo de Bernstein. La oposición fundamental burguesía/proletariado y el compromiso exclusivo con la defensa de éste aparecen en la “Declaración de principios” fundacional del PS, que se mantuvo formalmente en vigor durante décadas.

Sin embargo, desde el punto de vista de su extracción social, no resulta tan claro el carácter obrero del PS. Entre sus dirigentes, desde los primeros años predominan los profesionales universitarios de origen no-obrero (un núcleo relativamente pequeño de ellos mantuvo ininterrumpidamente en sus manos el control del partido durante décadas). Si consideramos a los afiliados del partido, la extracción social se hace más llana, sin ser por ello decididamente obrera: por ejemplo, de los 3659 miembros del PS de Capital en 1920, 20% eran obreros, 37,8% eran artesanos y pequeños comerciantes, 31,6% empleados, 8% profesionales, y 0,7% eran propietarios (estas proporciones reproducen más o menos la distribución ocupacional que tenía la masa ciudadana general por entonces). Si observamos los votantes, el PS cosechó importantes caudales de voto obrero (además de tener una fuerte influencia en los sindicatos) hasta que perdió su base bajo el peronismo, aunque también recibía apoyos numerosos de los sectores medios.⁵ La cuestión de los sectores medios en los debates políticos en el seno del partido se comprende mejor tomando en cuenta esa falta de coincidencia entre una doctrina oficial “obrerista” y una realidad práctica más ambigua.

Entre los socialistas se verifica un interés muy temprano por la “clase media”. Incluso antes de la fundación del PS, la cuestión ocupaba un lugar prominente en la prensa de la Federación Obrera (de la que saldrían algunos de los fundadores del partido). En efecto, su periódico *El Obrero* contiene hacia 1891-1892 abundantes referencias a la “clase media”. En sintonía con la ambivalencia presente en el socialismo internacional, afirmaban que “la pequeña burguesía, llamada muchas veces *la clase media*”, vive “de puras ilusiones”, “oscila continuamente”, es “obediente

2 Fetscher, Irving, “Bernstein e o desafio à ortodoxia”, en *História do marxismo, O marxismo na época da Segunda Internacional (primeira parte)*, edit. por Eric J. Hobsbawm, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1982, pp. 257-298. Para una discusión más detallada de estas cuestiones véase Val Burris, “The Discovery of the New Middle Classes”, en *The New Middle Classes, Life-Styles, Status Claims and Political Orientations*, ed. por Arthur J. Vidich, New York, New York University Press, 1995, pp. 15-54.

3 Ver Massimo L. Salvadori, “Kautsky entre ortodoxia e revisionismo”, en *História do marxismo...*, pp. 299-339.

4 Ver Kermit E. McKenzie, *Comintern and World Revolution 1928-1943*, New York, Columbia University Press, 1964, pp. 102-111.

5 Walter, Richard J., *The Socialist Party of Argentina 1890-1930*, Austin, University of Texas Press, 1977, pp. 17-25, 34-36, 60, 161, 175.

lacayo de la clase de los grandes hacendados”, “temen y odian” al proletariado y su carácter social es “miserable y mezquino”. Sin embargo, también consideraban que “el gran capitalista es su enemigo que le explota y arruina”, cosa que la “aproxima a las filas del proletariado”: “es muy fácil que la pequeña burguesía, desengañada por la inestabilidad de las condiciones de existencia (...) pase del todo a las filas del proletariado y ocasione así la subversión definitiva de la sociedad burguesa”. El avance del capitalismo, por lo demás, estaba produciendo su rápida “desaparición”. Una carta de un lector, que se identificó como propietario y “pequeño burgués” arruinado por el “gran capital”, parecía confirmar estas expectativas, toda vez que ahora se declaraba “un socialista por convicción y marxista persuadido”. Cuando en 1891 Carlos Mauli y G. Nohke enviaron al Presidente de la Nación una nota en nombre de la Federación Obrera solicitando medidas para alivio de los trabajadores, también pidieron por la suerte de la “clase media”.⁶

Juan B. Justo quien, quizás por su profesión, concebía al socialismo como “un factor de orden y progreso” —y del “advenimiento de la ciencia a la política”— también se ocupó de la cuestión, aunque marginalmente. Al parecer, en 1897 se había manifestado satisfecho por el éxito que venía teniendo el PS a la hora de atraer elementos de la “clase media”.⁷ La ambigüedad de esa clase, sin embargo, aparece neutralizada por la creencia en su pronta fusión con el proletariado. En 1909, en una de sus obras doctrinarias fundamentales, afirmaba que, con el desarrollo técnico, “se ensanchará el concepto de clase trabajadora”, al ingresar en ella los gremios “que trabajan más con la cabeza que con los músculos”, incluyendo los de profesionales universitarios, empleados, técnicos y administradores. Cuando eso suceda, estas categorías dejarán de confundirse con la clase propietaria.⁸ Poco antes, en una polémica con el italiano Enrico Ferri (quien sostuvo que el PS era una “flor exótica” en un país como la Argentina, sin un proletariado numeroso), Justo argumentó que el partido había madurado desde los tiempos en que pretendía representar sólo a los obreros, hasta convertirse en lo que es hoy: una organización de *todos* los asalariados.⁹ Nótese que la referencia es sólo a trabajadores intelectuales asalariados: no hay aquí alusión a los pequeños propietarios. De hecho, cuando en 1909 hubo en Rosario una masiva huelga de comerciantes minoristas, apoyada por los obreros, el periódico principal del PS manifestó más desdén que solidaridad.¹⁰

No todos en el PS, sin embargo, acordaban con la bienvenida de Justo a los no obreros. En el Congreso partidario de 1915, por ejemplo, se evidenció una tensión que se repetiría en el fu-

turo. Los delegados Alfredo G. Saettone y Pedro D. Zibecchi se quejaron de los “estudiantitos” y “abogaditos” que ingresaban al partido en busca de una banca parlamentaria y en general de “la preponderancia que quiere tener el ‘intelectualismo’ dentro del partido obrero”. Indignado, Carlos Manacorda sugirió que lo que preocupaba a los oradores, antes que la defensa de los intereses de la clase obrera, era quedarse ellos mismos sin bancas en el reparto, y respondió que era inadmisibles que “diariamente, en todos los centros [del PS], a cada momento, se reproche a uno que sea estudiante”; después de todo, los profesionales tienen derecho a formar parte del partido, ya que también “las profesiones se están proletarizando”. Rómulo Bogliolo atacó a uno de los delegados preopinantes, “que de todo tiene menos de obrero”, y argumentó que “no existe en el Partido el llamado peligro de los intelectuales”.¹¹

La gran ruptura en el socialismo internacional que siguió a la Revolución bolchevique y a la creación de la Internacional Comunista potenció este tipo de disputas dentro del PS. En 1917 se separó del partido un grupo de “internacionalistas” que luego fundarían el Partido Comunista argentino (PC), en la primera de una serie de rupturas por izquierda que sufriría el PS. Como justificativo de estas rupturas, con frecuencia se invocará el carácter insuficientemente obrero del PS y, por contraposición, su excesiva gravitación hacia la clase media. En el Congreso partidario de 1921, por ejemplo, en su intervención en apoyo de la propuesta de adhesión a la nueva Internacional, el delegado Bianchetti argumenta que hoy, que la “lucha de clases debe asumir un carácter más agudo”, el PS debe salirse de la influencia de “los bernsteinianos”, y “no debe apoyarse en la clase media”, que es el “paragolpe” que atenúa los embates del proletariado. La adhesión a la Internacional Comunista fue finalmente rechazada, lo que motivó al poco tiempo una nueva emigración hacia las filas del PC.¹²

Durante la década de 1920 hubo más síntomas de esta tensión dentro del PS. Por un lado, algunos colocaban la misión “educadores” del partido en primer plano, en desmedro de su papel de articulación del antagonismo, cosa que otorgaba a los “educados”, implícitamente, un lugar de superioridad. Así, como el profesor Ratto Valerga, llegaban a asignar a las “multitudes” un lugar totalmente pasivo, “como mujeres vírgenes y ardientes que sólo esperan la presencia del polen fecundante” traído hasta ellas por los guías-educadores (¿varones?) socialistas. Así, implícitamente, los no “educados” quedaban estigmatizados y subalternizados.¹³ Frente a esto, otros socialistas denunciaban que el partido se estaba “aristocratizando” y exigían mayor identificación con los “descamisados” y los “suburbios”.¹⁴ Esta tensión entre lo “culto” y lo “plebeyo” se superponía con otra,

6 **El Obrero**, n° 4, 17/1/1891, p. 3; n° 5, 24/1/1891, pp. 1-2; n° 48, 5/12/1891, p. 1; n° 61, 19/3/1892, p. 1; n° 70, 21/5/1892, p. 2. Debo este hallazgo y el de la nota siguiente a la generosidad de Cristóbal Maro.

7 Esto parece inferirse de la respuesta que el español Pablo Iglesias envió a una carta suya, hoy inhallable. V. “Una carta de Iglesias”, **La Vanguardia**, 22/5/1897.

8 Justo, Juan B., **Teoría y práctica de la historia**, Buenos Aires, Lotito y Barberis, 1909, pp. 387-88.

9 Walter, **The Socialist Party**..., pp. 65-67.

10 **La Vanguardia**, 14/2/1909, p. 1.

11 Partido Socialista, **II Congreso Extraordinario (XIV Congreso Nacional), versión taquigráfica**, Buenos Aires, Rosso, 1915, pp. 280-89.

12 **La Vanguardia**, 10/1/1921, p. 1.

13 Ratto Valerga, T. O., “El socialismo frente a las multitudes”, **Crítica Social**, n° 4, 22/10/1925, p. 9.

14 Gracco, “¿Nos aristocratizamos?”, **Acción Socialista** [en adelante AS], 26/12/1925, p. 394.

más claramente referida a la estrategia. Así, algunos, como el médico Germinal Rodríguez, proponían abandonar el imperativo de la lucha de clases a favor de una “compenetración” y “entendimiento” entre las clases sociales, siguiendo el ejemplo del Laborismo británico. La “clase media” o “proletariado del cerebro” encarnaba de algún modo esa promesa: ningún trabajador puede aspirar a convertirse en industrial ya que carece de capital. Pero sí puede, si tiene aptitud para el estudio, ascender a la clase media: “La clase media es la salvación del proletariado, que quiere dar a sus hijos lo que la sociedad no puede brindarles, es decir, la independencia económica que lo libre del yugo del salario”. El socialismo, por ello, debe ser patrimonio de “todas las clases sanas e inteligentes”.¹⁵ Frente a tales ideas, otros defendían la identidad antagonista y obrera del PS.¹⁶ B. A. Fiorini, por ejemplo, sostuvo que los intelectuales que se acercan al partido pertenecen a la “clase media”, que, incluso en vías de proletarización, no puede olvidar la “situación privilegiada” de la que procede. De cualquier manera, confiaba en que en el futuro se acercarán más genuinamente al proletariado, por lo que convenía dejarles las puertas del partido abiertas.¹⁷ Otros, como Joaquín Coca, se mostraron menos pacientes con estos “arrivistas” y “oradorcitos de alta alcurnia” que tratan de llevar al PS por el camino de la política burguesa: “el comerciante, el industrial, o los profesionales y altos empleados, que tienen el hábito de mandar a sus sirvientes”, no conciben “que no puedan hacer lo mismo con el PS”.¹⁸ Coca —quien era de origen obrero y había sido diputado nacional por el PS entre 1924 y 1930— tenía, por esa época, la peor opinión respecto de las “clases intermedias o subclases”, siempre cercanas a la burguesía, sea por propio interés económico, sea por sus “ilusiones” de ascenso.¹⁹ Poco después, sin embargo, su juicio pareció hacerse menos severo y más cercano del gradualismo y la política aliancista que caracterizaría al PS en la década de 1930. En 1931 intervino en oposición a la política del PS de alianza con el Partido Demócrata Progresista (PDP, para él “conservadores”), para proponer, en cambio, otra con la UCR, recientemente derrocada. Entre sus argumentos, señalaba que la defensa de la democracia debía apoyarse “en una fuerza político-social democrática también”, representada en la Argentina por la clase obrera y la “clase media” con sus partidos naturales: el PS y la UCR.²⁰ Por entonces no había perdido, sin embargo, su marcado antiintelectualismo.²¹ Quizás ello explique

su ruptura con el PS para fundar un efímero Partido Socialista Obrero en 1937, o su opción por el peronismo desde 1945.

Este tipo de tensiones se hicieron evidentes en los congresos partidarios de mediados de la década de 1920, en los que se percibe malestar contra los parlamentarios “universitarios”, a los que se imputaba ser más proclives al entendimiento con los poderosos. Desde 1924 algunos, como Antonio de Tomaso, mantuvieron vínculos con los liberales georgistas y fueron volcándose decididamente hacia el ideal de “colaboración de clases”. Un grupo de ellos (incluyendo a Germinal Rodríguez) terminó separándose del PS en 1927 para formar el Partido Socialista Independiente (PSI), que se convertiría en aliado de los conservadores durante la “década infame”. La “Exposición de principios” fundacional del PSI consideraba que también los “trabajadores intelectuales y pequeños empresarios”, así como los “propietarios pequeños y medianos”, formaban parte de las “masas laboriosas” que el socialismo estaba llamado a defender.²² Federico Pinedo, uno de los líderes del PSI, quien pronto se convertiría en prominente político e intelectual liberal, elogiaba en 1930 al socialismo alemán precisamente por haberse presentado “confesadamente” como un partido también “de los maestros, profesionales, miembros de las profesiones liberales y la creciente categoría de los empleados públicos y privados”.²³

La disputa por la identidad del PS y las polémicas por la situación de clase media estallaron con más fuerza entrada la década de 1930. Hacia 1932 el PS logró la mayor representación parlamentaria de toda su historia y había alcanzado también su mayor influencia sindical: en 1930 participan en la creación de la CGT, organización que pasarían a controlar cinco años más tarde.²⁴ Recordemos que por entonces la vida política nacional había sido sacudida por la severa crisis económica de 1930 y por el primer golpe de Estado, que se sumaba a la presencia inquietante de un fascismo y nacionalismo de derechas que ganaba visibilidad. En parte por ello, por esa época se verifica una importante influencia de los debates del socialismo europeo respecto de la necesidad de impulsar un Frente Popular Antifascista y de avanzar más allá de un programa reivindicativo de las demandas obreras, en dirección a propuestas de gestión estatal y económica más integrales. La inédita alianza de 1931 con el PDP y la decisión estratégica de 1936 de buscar la formación de un “Frente Popular democrático”²⁵ son ejemplos de lo primero, mientras que el proyecto de 1932 de Rómulo Bogliolo de creación de un “Consejo Económico Nacional” con capacidad para regular la economía y defender el nivel de vida de los obreros y de las “capas medias”,

15 Rodríguez, Germinal, “La compenetración de las clases sociales”, *Crítica Social*, n° 10, 21/1/1926, pp. 13-14.

16 Vidal Baigorri, J., “¿Compenetración de las clases sociales o lucha de clases?”, *AS*, 13/2/1926, pp. 487-89.

17 Fiorini, B. A., “Los intelectuales y el Partido Socialista”, *AS*, 1/5/1926, pp. 651-53.

18 Coca, Joaquín, “La agonía de los arrivistas”, *AS*, 9/7/1927, pp. 26-28. Ver tb. José S. Campobassi, “Intelectuales de izquierda”, *AS*, 14/4/1928, pp. 659-61.

19 Coca, Joaquín, *Derecho burgués y derecho obrero*, Buenos Aires, CEAL, 1985, 43-47.

20 Coca, Joaquín, *El contubernio*, Buenos Aires, La Campana, 1981, pp. 155, 157, 161-65.

21 Ver Joaquín Coca, “Pueblo e intelectuales”, *Claridad*, n° 222, 10/1/1931.

22 *Exposición de Principios; Programa de Acción; Estatutos*, Buenos Aires, PSI, 1928, p. 4.

23 Pinedo, Federico, *En tiempos de la República*, 3 vols., Buenos Aires, Mundo Forense, 1946, III, p. 45.

24 Camarero, Hernán y Carlos Herrera, “El PS en Argentina, nudos históricos y perspectivas historiográficas”, en ídem (eds.), *El Partido Socialista en Argentina*, Buenos Aires, Prometeo, 2005, pp. 9-73, 25-26.

25 Ver Adolfo Dickmann, *Los congresos socialistas, 40 años de acción democrática*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1936, p. 57.

lo es de lo segundo.²⁶ Respecto de la reivindicación de los sectores medios, es probable que el ejemplo del APRA peruano haya tenido algún papel.²⁷

Juan B. Justo había fallecido en 1928, tras lo cual su amigo Nicolás Repetto, también médico y de origen no obrero, asumió la dirección partidaria. Firmemente embarcado en una línea parlamentaria, Repetto inició a más tardar en 1932 un contraataque contra los sectores más “clasistas” dentro del PS. En el Congreso partidario de ese año llamó a no desconocer “hipócritamente” que en las filas del PS, además de obreros, militan también empleados, artistas, escritores, profesionales (algunos de los cuales ganan “mucho dinero”), pequeños industriales, comerciantes y rentistas, e incluso “grandes industriales” que aportan finanzas para el partido.²⁸ En el Congreso partidario de 1934, el sector de izquierda, encabezado por Ernesto Giudici y Benito Marianetti, lanzó durísimas críticas a la conducción, acusada de colaboracionismo con el Estado. Reclamaban una mayor alineación del PS con los trabajadores y con una estrategia de toma del poder, incluso mediante métodos violentos, y sin entrar en alianzas con enemigos de clase. Giudici argumenta que la estrategia “reformista” por la que la conducción partidaria transita ha fracasado en todo el mundo: “la clase media ha desaparecido ya, y con ella la economía liberal y el liberalismo político”. Por eso corresponde que el socialismo adopte hoy “una posición clasista” y de enfrentamiento con los liberales. Marianetti concuerda: el partido debe apoyarse sólo en el proletariado, la única clase “verdaderamente revolucionaria”: “las clases medias sólo se mueven para conservar algo, pero jamás para conceder nada”. Carlos Sánchez Viamonte opta también por la postura izquierdista y reafirma en su discurso el tradicional esquema binario de oposición de clases. La dirigencia partidaria rechaza el embate con firmeza. Américo Ghioldi sostiene, contra Marianetti, que el socialismo debe ocuparse de las “clases intermedias”: de lo contrario, y considerando que son “las más sacrificadas por la crisis capitalista”, se corre el riesgo de que se asocien al fascismo. Por su parte, Nicolás Repetto responde a Sánchez Viamonte con un largo discurso doctrinario: su “teoría simplista de las dos clases” no está actualizada respecto de los cambios técnicos y económicos recientes, que han creado “una cantidad de nuevas clases”, desconocidas en tiempos de Marx (quien, sin embargo, ya había advertido que la “clase media” podía servir de contrapeso a la burguesía). Muchas personas pertenecientes a esas clases pequeños comerciantes e industriales, rentistas, maestros, profesionales, técnicos, etc. forman parte del PS: “si con una lógica simplista siguiéramos dividiendo la sociedad en dos clases antagónicas, burgueses y proletarios, muchos de no-

sotros estaríamos de más en el Partido, especialmente los universitarios”. El socialismo debe ser “un movimiento integral de las clases útiles, opuesto y en lucha contra las clases parasitarias y antisociales”.²⁹ Podría parecer, por el contenido del debate, que se trataba de una disputa de clase dentro del PS. Sin embargo, ninguno de los participantes, obreristas o no, era obrero: Giudici habría sido médico como Repetto, si no hubiera sido expulsado de la universidad en el último año de su carrera por su actividad política; Sánchez Viamonte y Marianetti eran abogados; Ghioldi era profesor y periodista. La derrota de la postura izquierdista en el Congreso de 1934 motivó el alejamiento de Giudici, que se afilia al PC. Luego de una nueva crisis partidaria, Marianetti sería expulsado en 1937, tras lo cual participó en la fundación del Partido Socialista Obrero y luego ingresó al PC. La disputa con los comunistas por la caracterización de las clases sociales fundamentales se hizo también presente en una intervención del senador Alfredo Palacios en 1936, cuando negó que en la Argentina pudiera arraigar el comunismo porque no había un abismo que separara las clases: “Es pueril el simplismo de los que no ven más que la burguesía y el proletariado”; especialmente en nuestro país, “entre los dos polos sociales hay escalonadas fuerzas intermedias” que tienen “innumerables matices de sentimientos e ideas”.³⁰

Por esta época, la defensa más decidida de la “clase media” por parte del liderazgo partidario se evidenció también en las publicaciones partidarias y en los esfuerzos de formación de cuadros. En sus clases de 1934 en la Escuela de Estudios Sociales “Juan B. Justo”, el diputado Manuel Palacín enseñaba que ya no había una división entre burguesía y proletariado, sino una entre “capitalistas” y “trabajadores”. “Las clases medias preponderantes ahora no son los ‘pequeños tenderos’ de la vieja literatura socialista”, afirmaba, sino las que constituyen “masas trabajadoras, también, de empleados, técnicos, profesionales, etc.” La “mentalidad” de estos grupos se aleja de la de “los panaderos, taberneros y carniceros de hace cien años”, para acercarse a la de los obreros “propriadamente dichos”. Antes, un empleado se sentía “aliado del capitalista”, mientras que hoy, que “se ha roto el viejo idilio”, se considera “un asalariado vulgar”. Y lo mismo ocurre con los profesionales, con sueldos “cada vez más bajos”.³¹ La serie de folletos de divulgación “El Pequeño Libro Socialista” publicó también obras de autores extranjeros que explicaban de manera similar el acercamiento “objetivo” entre obreros y “clase media” por obra de los cambios económicos, e insistían en la necesidad de sumar ésta a la causa socialista.³² En revistas del

26 Portantiero, Juan Carlos, “El debate en la socialdemocracia europea y el Partido Socialista en la década de 1930”, en Camarero y Herrera (eds.), *El Partido Socialista...*, pp. 299-320; María Cristina Torti, “Crisis, capitalismo organizado y socialismo”, en Waldo Ansaldi et al. (eds.), *Representaciones inconclusas, las clases, los actores y los discursos de la memoria 1912-1946*, Buenos Aires, Bilibos, 1995, pp. 199-222.

27 Ver Leandro Sessa, “Presencia del APRA en la prensa socialista argentina; el caso de *Claridad*”, ponencia inédita presentada en las X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Rosario, septiembre de 2005.

28 *La Vanguardia*, 29/5/1932, p. 2.

29 *La Vanguardia*, 25/5/1934, p. 2; 26/5/1934, pp. 1-3; 27/5/1934, p. 1-2, 12; 28/5/1934, p. 2; Nicolás Repetto, *Granos de Arena*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1936, pp. 166-68.

30 Cámara de Senadores de la Nación, *Diario de sesiones*, 1936, III, pp. 503 y 510.

31 Palacín, Manuel, *Lucha de clases y evolución social*, Buenos Aires, Escuela de Estudios Sociales J. B. Justo, 1934, pp. 17-18.

32 Por ejemplo Norman Angell, *Una nueva organización social*, serie “El pequeño libro socialista” n° 43, Buenos Aires, La Vanguardia, 1936, pp. 39-43; Lucien Laurat, *El socialismo al orden del día*, serie “EPLS” n° 42, Buenos Aires, La Vanguardia, 1936, pp. 12-19.

PS de esta época, como **Revista Socialista**, dirigida por Rómulo Bogliolo, abundaban los artículos sobre el papel de la clase media en Europa, con recomendaciones acerca de la estrategia a seguir para alejarla del fascismo y acercarla al socialismo.³³ Las páginas de la revista **Claridad** también ofrecieron lugar para el debate. Dirigida por el socialista Antonio Zamora (aunque no estaba restringida a autores del PS), la revista era la principal “tribuna del pensamiento izquierdista” del país, con una tirada que a mediados de la década de 1930 era de 10 000 ejemplares. Tanto la postura escéptica respecto de la clase media, como una más ambivalente, tuvieron su lugar en la revista.³⁴

En su labor parlamentaria, los diputados y senadores del PS con frecuencia hablaban en defensa de la “clase media”: Enrique del Valle Iberlucea lo hizo en 1920 a propósito de los impuestos aduaneros y la carestía de la vida; Antonio de Tomaso, el mismo año, pidiendo alquileres más baratos; Enrique Dickmann, en 1923, por el precio del vestido; Adolfo Dickmann, en 1924, reclamando por los costos del acceso a la vivienda; Américo Ghioldi, en 1942, pidiendo reformas en la ley de impuesto a los réditos, etc.³⁵

La postura oficial de acercamiento a los sectores medios tuvo también su correlato en las iniciativas del sindicalismo que respondía al PS. En mayo de 1934 el Comité Central de la CGT discutía un anteproyecto de Estatuto de la central. Un desacuerdo crucial se produjo al considerarse el primer punto, referido al “Objeto” de la CGT, que de alguna manera definiría su identidad. La mayoría de los representantes, de la línea sindicalista, propuso definirlo de la siguiente manera: “Agrupar a los trabajadores asalariados del país para la defensa de sus intereses económicos, sociales y profesionales y la elevación constante de su condición moral, material y física”. Los representantes de la línea socialista, por entonces todavía en minoría, propusieron otra redacción: “Reunir en su seno a todas las organizaciones obreras, sociedades de oficios, sindicatos de industrias o de profesiones liberales...”. El desacuerdo, como se ve, estaba en la manera de definir a los representados y al tipo de agrupaciones que se admitirían en la CGT. Sebastián Marotta respondió, en nombre de la mayoría, que era preferible el término “asalariados” por “la necesidad de determinar con toda claridad la naturaleza de los elementos que han de integrar la central”, para evitar que ingresen “ciertas categorías movidas por intereses distintos” y que podrían “generar confusión en las filas obreras”. Francisco Aló, de la facción socialista, insiste en que no debe excluirse a elementos que, sin

ser asalariados, “son trabajadores y explotados como aquéllos por la clase capitalista” y menciona en su apoyo el ejemplo de la CGT de Francia, cuyo Secretario General “propicia un entendimiento con los pequeños comerciantes, los pequeños agricultores y otras categorías similares”. Marotta replica que en el caso francés tal entendimiento se da sin necesidad de que se admitan a esos sectores dentro de la CGT. Las mociones se someten a votación y la postura de la mayoría gana por 26 votos contra 6.³⁶ No hay que sorprenderse de reencontrar en la CGT algunas de las polémicas que hemos visto en el PS respecto del lugar de la clase media y los “intelectuales”: en esta época el movimiento obrero organizado formaba parte de la cultura de izquierda por derecho propio. De hecho, la polémica continuaría en la central en años siguientes. Algunos consideraban que los “profesionales del pensamiento” y las “clases medias” sólo defienden intereses individuales: “son hostiles, celosos, envidiosos, y siempre tratan de sobrepasarse y aplastarse los unos a los otros”. No constituyen una clase sino que “flotan” entre la clase baja y la burguesía, por lo que es un error llamarlos “proletarios intelectuales”. Son una “masa indefinida” que no debe asimilarse a los verdaderos trabajadores. Viven en sus “formulas vacías” y en sus “construcciones ideológicas”, que sin embargo les permiten triunfar en la política, “formando el estado mayor de los partidos”.³⁷ Luego de que el PS pasara a controlar la CGT encontramos en su prensa visiones más positivas.³⁸

En resumen, en los debates del PS en la década de 1930 se hicieron presentes tres actitudes respecto de la clase media. En un extremo, el rechazo izquierdista de cualquier contacto estrecho. En el otro, la reformulación teórica que realizó parte de la dirigencia partidaria para afirmar que, debido a los cambios del capitalismo, la clase media *ya era parte* de unas “clases laboriosas” internamente más diferenciadas que en tiempos de Marx. En el medio, la postura de quienes aceptaban la necesidad de incorporar a la clase media, pero mantenían una actitud de recelo y sospecha respecto de ella. Como era de esperar, la postura de la dirigencia marcó tanto la estrategia general del partido (evidente en su política de alianzas), como el modo en que apeló a la masa votante: en uno de los volantes que el PS distribuyó por cientos de miles en 1942 se leía:

Trabajador, profesional, comerciante, industrial, técnico, estudiante: Usted tiene su puesto de acción política en las filas socialistas, en la certeza de que sus legítimos intereses, en función del bien general, serán defendidos, y que contribuirá a forjar la Argentina libre, grande, civilizada y próspera que Ud. anhela como buen patriota.³⁹

Queda claro que el PS no sólo había optado por una apelación a sectores más amplios que la clase obrera: también optaba por

33 Lucien Laurat, “El proletariado y las clases medias”, **Revista Socialista** [en adelante RS], n° 87, agosto 1937, pp. 114-16; A. Ramos Oliveira, “La clase media y la democracia”, **RS**, n° 88, sept. 1937, pp. 171-73; “La clase media en Alemania”, **RS**, n° 10, marzo 1931, p. 240; Teodoro Dan, “La rebelión pequeño burguesa y el proletariado”, **RS**, n° 43, dic. 1933, pp. 411-18; Stafford Cripps, “¿Es usted Trabajador?”, **RS**, n° 80, enero 1937, pp. 31-36; Compere Morel, “La pequeña propiedad y el socialismo”, **RS**, n° 6, 1930, pp. 447-52.

34 Máximo E. Salaberry, “La clase media”, **Claridad**, n° 252, 27/8/1932; Rafael Torres Morey, “La clase media (apuntes de psicología social)”, **Claridad**, n° 271, nov. 1933.

35 Cámara de Senadores de la Nación, **Diario de sesiones**, 1920, I, p. 251; Cámara de Diputados de la Nación, **Diario de sesiones**, 1920, III, p. 739; 1923, IV, p. 240; 1924, VI, p. 243; 1942, V, p. 425.

36 **C.G.T.**, n° 5, 11/5/1934, p. 3.

37 H. L., “Los profesionales del pensamiento”, **C.G.T.**, n° 26, 12/10/1934, p. 1.

38 Tomás Firpo, “Los intelectuales y el paro forzoso”, **C.G.T.**, n° 156, 9/4/1937, p. 1. Otras muestras de interés por la situación de los profesionales en **C.G.T.**, n° 92, 17/1/1936, p. 2 y n° 202, 25/2/1938, p. 7.

39 Repr. en Partido Socialista, **34° Congreso Nacional, Informes**, s./l., PS, 1942, p. 47.

una perspectiva no antagónica (“bien general”, sin enemigos a la vista), por un compromiso con la “patria” y su “prosperidad” y por una identificación con los valores de la cultura letrada y de élite (“civilización”). En pocas palabras, el PS había tomado un rumbo ya inconfundiblemente liberal.

Los comunistas y la clase media

Fundado en 1920 por socialistas que emigraron del PS en busca de una estrategia más clasista y revolucionaria e identificado de entrada con las políticas de la Internacional Comunista, el Partido Comunista (PC) argentino no manifestó ambigüedades, al menos al principio, sobre su identidad obrera. Aunque entre su máxima dirigencia los intelectuales de origen no obrero también ocupaban una proporción importante, la base militante y votante del partido se fue haciendo abrumadoramente proletaria, particularmente durante la década de 1930. En sintonía con la etapa de “clase contra clase” que había indicado la Internacional, hacia 1930 el PC había optado por una política de “proletarización” interna, que implicaba la “lucha por la extirpación de toda suerte de influencia pequeñoburguesa” dentro del partido.⁴⁰ Durante esos años, en agudo contraste con lo que sucedía en el PS, no se encuentran visiones positivas acerca de la clase media, ni demasiados signos de interés por ocuparse de su suerte. Esto cambió radicalmente a partir de 1935, cuando la Internacional llamó a la formación de “frentes populares” amplios contra el fascismo. Por otra parte, ya desde el período anterior la Internacional había establecido una antojadiza caracterización aplicable a todas las sociedades latinoamericanas como “semicolonias” del imperialismo, con una estructura social “feudal” (o “semifeudal”), es decir, precapitalista, en la que la burguesía no desempeñaba un papel dominante o independiente. Pero con el cambio de orientación, los comunistas latinoamericanos, urgidos a buscar alianzas locales, comenzaron a distinguir entre una oligarquía y una “burguesía nacional”, a la que se atribuía una vocación democrática y de lucha contra el imperialismo. En sintonía con esa caracterización, abrazaron la idea de que, en los países coloniales o semicoloniales, se daría una “revolución por etapas”, de las que la primera, antes que obrera o socialista, sería de tipo “democrático-burguesa”. Sólo luego, tras un verdadero desarrollo capitalista, habría ocasión para una revolución proletaria.⁴¹

En medio de la reacción conservadora de la “década infame” el PC argentino —que llegaría a ser famoso por su obediencia a Moscú— respondió prontamente al llamado de la Internacional y adoptó sin cuestionamientos su caracterización de la realidad latinoamericana. En su visión del asunto, la dirigencia comunista consideraba que el proletariado sería “la fuerza motriz fundamental en la revolución democrática”, secundado por la “reserva interna más importante, los campesinos y las capas intermedias de la población de la ciudad”. En su tercera Conferencia Nacional, en octubre de 1935, el partido se expidió formalmente por

la formación de un “frente popular” contra el imperialismo y el fascismo, y convocó al PS, la UCR, el PDP y la CGT a considerar la propuesta. A esas organizaciones les propuso consensuar un programa que defendiera también “las reivindicaciones más urgentes de la pequeña burguesía antiimperialista urbana y rural”. En las directivas a sus militantes, el PC indicó ponerse a trabajar de inmediato para acercar a la masa socialista y radical a la propuesta del frente popular, con lo que también se estaría dando “un paso decisivo hacia la atracción de las clases medias a la alianza con el proletariado”.⁴² Esta sería la línea oficial del partido en los años por venir (en los que las simpatías por la “burguesía nacional” se harían sentir incluso con más claridad). En 1941, por ejemplo, Victorio Codovilla, dirigente máximo del partido, urgió a los militantes de Capital a ocuparse no sólo de las cuestiones laborales, sino también de “todo lo que tienda a mejorar las condiciones de vida y de trabajo de la clase obrera y de la población laboriosa” de la ciudad. Entre otras cosas, debían hacer campaña por el precio de los alquileres y los servicios, el costo de los artículos de primera necesidad y los impuestos, “especialmente los que agobian a los pequeños comerciantes e industriales”. Este sutil cambio de apelación, que ahora incluye no sólo al proletariado sino también a la “población laboriosa” o el “pueblo” en general, sería una constante en esos años. Por supuesto, todo esto no impedía que, al mismo tiempo, se siguiera empleando el rótulo de “pequeñoburgués” para descalificar a cualquier disidente dentro del partido.⁴³

En suma, al igual que el PS el PC también se acercó en estos años a los sectores medios moderando su hostilidad hacia ellos y complejizando su visión binaria del enfrentamiento social fundamental. A diferencia del PS, sin embargo, este acercamiento significó menos erosión de su identificación con la clase obrera, toda vez que mantuvo a la clase media como un aliado “exterior” a conquistar (antes que como un grupo social bienvenido a incorporarse al partido en pie de igualdad con el proletariado).

Los primeros trotskistas

En la década de 1930 aparecieron en la Argentina las primeras agrupaciones trotskistas, pequeñísimos grupos escindidos del PC o el PS, casi sin inserción entre los obreros y en general nucleados alrededor de algún teórico o personalidad fuerte. Desde temprano adquirieron el comportamiento dogmático y divisionista que caracterizaría al trotskismo internacional y que los argentinos llevarían al paroxismo. Dotados de las herramientas teóricas de su inspirador ruso, los trotskistas desarrollaron una caracterización diferente de las sociedades latinoamericanas. Trotsky había postulado que no se trataba de realidades conceptualizables como “feudales”, sino marcadas por el desarrollo “desigual y combinado” del capitalismo, que en zonas periféricas presentaba diversas combinaciones de instituciones sociales viejas y nuevas, pero todas ellas subordinadas a la lógica do-

40 Ver *Orientación*, nº 1, julio de 1935, p. 3.

41 Ver Horacio Tarcus, *El marxismo olvidado en la Argentina*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996, p. 70.

42 *Orientación*, nº 1, julio 1935, p. 4; nº 3, dic. 1935, pp. 23-24; *Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina*, Buenos Aires, Anteo, 1947, p. 84.

43 *Esbozo de historia...*, pp. 96, 50-51, 58.

minante de la expansión del capital. Así, su caracterización de las clases dominantes latinoamericanas se apartaba de la de la Internacional en un aspecto crucial: Trotsky sostenía que era un error creer que la burguesía “no existía”, tanto como asignarle la capacidad o vocación como para realizar las tareas que se conocían como “democrático-burguesas”. No pudiéndose confiar en ninguna “burguesía nacional” para realizar tales tareas, la estrategia política recomendada propugnaba una fuerte alianza obrero-campesina capaz de hacer una revolución que no se detendría en ninguna “etapa”, sino que sería “permanente”, avanzando directamente hacia la implantación de relaciones sociales de tipo socialista. Ninguna alianza estratégica debía realizarse con las burguesías locales.⁴⁴

Dada esta línea político-estratégica, no sorprende encontrar entre los trotskistas de esta época un tono mucho más exclusivamente obrerista que el del PC (al que critican su disposición a colaborar con la burguesía) y escasos signos de interés por la clase media. Desde 1933, por ejemplo, Antonio Gallo sostuvo la tesis de la “revolución permanente”, “acaudillada” por el proletariado, “convertido en guía de las masas rurales y del pueblo todo”.⁴⁵ Poco después, en abierta crítica al PC, aclararía que, para lograr su misión, el proletariado debía avanzar “conquistando o neutralizando, *para sus propios fines*, a las clases medias urbanas y rurales, no en alianza con la burguesía, sino *contra ésta*”.⁴⁶ Aunque más sensible a los problemas de la “revolución nacional” que su colega, otro referente fundamental del trotskismo, Liborio Justo, coincidía con Gallo en 1939 acerca del carácter obrero-campesino de la revolución que sería capaz de concluir las reformas democrático-burguesas en la Argentina y de avanzar hacia el socialismo. Demás está decir que, entre los trotskistas, las descalificaciones de los adversarios políticos por ser “pequeñoburgueses” estaban a la orden del día: en 1942, por ejemplo, Liborio Justo cuya cuna aristocrática no parecía causarle ningún pudor lanzó tal epíteto a la política que impulsaban los miembros de la Liga Obrera Socialista (también trotskistas).⁴⁷

Conclusiones

Recapitemos nuestros hallazgos. En primer lugar, hemos encontrado en la izquierda argentina signos de ambivalencia y de dificultad para “situar” políticamente a la clase media ya en 1891 y durante todo el período de nuestro estudio. Esos signos tienen muchos puntos de comparación con los que exhibía la tradición socialista internacional más o menos en los mismos períodos. Es preciso decir, sin embargo, que la presencia de tal problemática sólo se vuelve importante en la década de 1930, más por impacto

44 Tarcus, *El marxismo olvidado...*, pp. 85-86, 70-71.

45 Gallo, Antonio, *Sobre el movimiento de Septiembre*, Buenos Aires, Claridad, 1933, p. 63.

46 Ontiveros, A. [pseud. de Antonio Gallo], *¿Adónde va la Argentina? ¿Frente popular o lucha por el socialismo?*, Rosario, J. C. Mariátegui, 1935, pp. 12 y 50-51. Citado en Tarcus, *El marxismo olvidado...*, p. 94.

47 Quebracho [pseud. de Liborio Justo], *Estrategia revolucionaria*, Buenos Aires, Fragua, 1957, pp. 63 y 99.

de los debates internacionales y el ascenso del fascismo que por una coyuntura específicamente nacional. Por ello, durante este período las referencias son a una clase media “abstracta” propia de los esquemas sociológicos generales; son escasas las observaciones de las características concretas de ese grupo social en la Argentina.

En segundo lugar, hemos notado que las ambivalencias y la mayoría de los usos políticos de las referencias a la “clase media” recorren a la totalidad de las tradiciones estudiadas. Fueron menos visibles entre los trotskistas, corriente todavía incipiente, pero en los años posteriores al marco de este artículo no dejarán de hacerse presentes.⁴⁸ Así, tanto socialistas como comunistas y trotskistas partieron de un obrerismo inicial más o menos firme para, en el curso del período analizado, experimentar ambivalencias que llevaron a modificaciones doctrinarias o pragmáticas en las estrategias recomendadas para vincularse con la clase media. Salvo el caso de algunos dirigentes del PS, sin embargo, estas modificaciones no condujeron a replanteos doctrinarios que pusieran fin a la ambivalencia, sea a través de una relectura del modo “binario” en que se estructura el antagonismo social, o de un abandono definitivo de la prioridad otorgada a la clase obrera. De este modo, la ambivalencia y las dudas respecto de la clase media permanecieron irresueltas en el pensamiento de izquierda; la irrupción del peronismo y, más tarde, la influencia de la Revolución cubana, no hicieron sino acentuarlas.⁴⁹ Por otra parte, independientemente de que tuvieran mayor o menor disposición de aliarse o atraer políticamente a los sectores medios, todas las corrientes utilizaron el mote de “pequeño burgués” para atacar a sus adversarios internos o externos, y todas fueron objeto de ese tipo de anatemas. Contra lo que pudiera pensarse, no se verifican clivajes de clase en este punto: tanto los que criticaban a los demás por “pequeño burgueses” como los que recibían el mote eran, desde el punto de vista de su origen social, de clase media o incluso alta.

¿Cómo interpretar la presencia tan constante de ambivalencias que proyectaban interferencias tan intensas en la identidad y en la estrategia de las izquierdas? Podría aventurarse como respuesta que las dificultades de lidiar con la presencia incómoda de los sectores medios provienen de la reducción que realizó el marxismo clásico del momento político al momento social o, para decirlo de otro modo, de su inhabilidad para pensar lo político en su irreductible capacidad instituyente. Como hemos señalado al comienzo, ya los pensadores clásicos derivaron, del carácter *inevitablemente binario* del enfrentamiento *político* entre partidarios y enemigos del proyecto socialista, una lectura *sociológica* que suponía que esa oposición binaria ya estaba configurada y “lista” en la división de clases. Así, en este automatismo de lo social el momento propiamente político quedaba oscurecido (quedó en manos del marxismo posterior, de Gramsci al “marxismo crítico” y el “posmarxismo”, la tarea de comenzar a restaurar la

48 Ver por ej. Nahuel Moreno, *La revolución latinoamericana*, Buenos Aires, 1962, p. 55. Jorge Altamira, “Disparan contra la clase media”, *Prensa Obrera*, n° 737, 11/1/2002.

49 Ver Carlos Altamirano, “La pequeña burguesía, una clase en el purgatorio”, *Prismas*, n° 1, 1997, pp. 105-23.

comprensión específicamente política de la articulación de las hegemonías). En el marxismo clásico, más que *conceptos* para comprender las determinaciones estructurales de lo político, las clases sociales se convertían ellas mismas en *actores*.

Es por ello que la rigidez binaria de los esquemas sociológicos del marxismo hacía de los sectores medios una presencia escurridiza y difícil de clasificar. Para mantener su consistencia, la teoría debía evitar a toda costa reconocer a esos “sectores” como una “clase”, es decir, un tercer espacio social por derecho propio. Pero en la medida en que sólo reconocía el trabajo productivo asalariado o el acceso a los medios de producción como criterios para establecer las distinciones de clase, tampoco podía incorporarlos del todo ni en el polo burgués, ni en el proletario. Mientras pudiera sostenerse que se trataba de sectores poco importantes o en vías de pronta desaparición, la inconsistencia entre teoría y realidad podía soslayarse. Pero como se hiciera cada vez más claro que los sectores medios no sólo no eran destruidos, sino que incluso, al menos parte de ellos, surgía por obra del propio desarrollo del capitalismo; y como también resultara evidente que su peso social y electoral no podía dejar de tenerse en cuenta, aquella inconsistencia emergió insistentemente, causando interferencias en los esquemas teórico-estratégicos. En otras palabras, la teoría, que indicaba una oposición excluyente de burguesía vs. proletariado, no se acomodaba bien a la necesidad, demostrada por la práctica, de contar a los sectores medios como aliados políticos “permanentes o tácticos” contra la burguesía.

Esta brecha entre teoría y práctica en el plano estratégico se superponía con otra, en el plano organizacional, que dificultaba el reajuste doctrinario. Desde tiempos de Marx, Lenin, Trotsky, etc. en adelante, las máximas conducciones de los grupos marxistas que se proclamaron obreristas han sido, sin embargo, de extracción no obrera. Todos los grupos de la izquierda argentina analizados en este trabajo han estado (y siguen estando) permanentemente y abrumadoramente dirigidos por personas de origen “pequeño burgués” (o incluso de clase alta) que, sin embargo, no se cansaban de insistir en que era la clase obrera la única destinada a conducir un proceso revolucionario o de cambio radical. Como hemos visto, este no era un dato que pasara inadvertido sino que, por el contrario, era constantemente “enrostrado” tanto para desacreditar a dirigentes, como para descalificar a posibles aspirantes, sin importar que tanto acusadores como acusados fueran, en realidad, de origen “pequeño burgués”. Ya que la teoría establecía que sólo de la clase obrera emanaba la línea política correcta, podía siempre asumirse que cualquier línea incorrecta, inevitablemente, *debía* corresponderse con la extracción no obrera de quien la sostuviera. Nuevamente aquí la evidencia de la reducción de lo político a lo social. Pero ¿no tenía (y tiene) que pesarles en algún lugar de la conciencia, a quienes acusaban constantemente a los demás de “pequeño burgueses”, saber que tampoco ellos mismos podrían exhibir la pureza de clase que sin embargo reclamaban? Indudablemente, mucho del escarnio contra los “pequeño burgueses” funciona como proyección sobre los demás del propio estigma de no ser de la clase “elegida” (esta forma de canalizar “hacia abajo” el estigma es un mecanismo de defensa típico, ampliamente documentado por psicólogos

y sociólogos). Pero es probable que esté también en juego un elemento “ideológico”, en el sentido marxista del término, es decir, un enmascaramiento de una situación o pretensión de poder. En efecto, el “ataque al pequeño burgués” es un formidable dispositivo de disciplinamiento interno en las agrupaciones izquierdistas, toda vez que apela a un sentimiento de culpabilidad implícita del que a los militantes les cuesta desembarazarse. Los dirigentes-intelectuales hablan en nombre de la clase obrera, en un medio y en un estilo discursivo que hacen muy poco probable que los verdaderos obreros se presenten a reclamar su propia voz. Asumiendo así la autoridad que otorga la clase elegida, los líderes dirigen con su voz hacia militantes o simpatizantes cuya propia autoridad ha quedado herida o disminuida por el estigma de no ser obreros. Naturalmente, es probable que esta “falsa conciencia” obrerista de los dirigentes, tan útil a la hora de sostener una situación jerárquica, funcione como un desincentivo para cualquier revisión de la inconsistencia doctrinaria que venimos analizando. (Queda para otros la tarea de estudiar los posibles usos ideológicos de una constante idealización de la clase obrera que la convierte, más allá de toda evidencia, en un grupo casi “perfecto” pero a la vez completamente abstracto, de modo de que no haya peligro de que los verdaderos obreros puedan “desmentir” la teoría o cuestionar el derecho de los dirigentes a representarlos). En suma, toda esta intrincada trama ideológica e identitaria se suma al peso de la tradición de los clásicos para dificultar cualquier “normalización” de las interferencias que causa la incómoda presencia de las clases medias en la teoría socialista. No es de sorprender, entonces, que hayamos encontrado (y sigamos encontrando) tantas ambivalencias y dificultades en los debates de la izquierda sobre la clase media.

**Resumen**

Este trabajo analiza las imágenes y representaciones sobre la clase media dentro de la tradición de la cultura de izquierda en la Argentina, desde fines del siglo XIX hasta comienzos de los años cuarenta. Se estudian textos, declaraciones y discursos del Partido Socialista, del Partido Comunista y de los primeros trotskistas, para indagar quiénes y con qué sentidos se refirieron a la “clase media”. El recorrido ofrece un repertorio de usos de la “clase media” que va desde intentos de actualización doctrinaria para hacerle un lugar junto a la clase obrera como sujeto del cambio social, hasta la utilización del origen social “pequeñoburgués” como modo de desacreditar a adversarios en disputas políticas o de disciplinar a la propia tropa mediante la culpabilización por no ser suficientemente “proletarios”.

Palabras clave

Clase media; Izquierda; Argentina

Abstract

This article analyses images and representations of the “middle class” in the Left cultural tradition, from the end of the Nineteenth century to the beginning of the nineteen-forties. In texts, speeches and statements of the Socialist Party, the Communist Party and the first trotskists, this text studies who referred to the “middle class” and the reasons to do so. In the end, a repertoire of Left uses of the “middle class” becomes visible, from attempts to include this class alongside the working class as agent of social change, to the “critique of the petty bourgeois” as a way to discredit political enemies or to discipline the rank-and-file by blaming those whose social background was not “proletarian” enough.

Keywords

Middle Class; Leftwing; Argentina